

# HISTORIAS DE UNA FERRETERÍA

ACEITE DE LINAZA, CINABRIO Y UN CERDO  
QUE COMÍA MARGARITAS



Para que lugares, situaciones, costumbres y  
personas que ya no existen no caigan en el olvido



LUIS IGNACIO GARCÍA



Círculo Rojo  
EDITORIAL

---

Primera edición: mayo 2023

Depósito legal: AL 893-2023

ISBN: 978-84-1175-505-4

Impresión y producción: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Luis Ignacio García

© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

Editorial Círculo Rojo

[www.editorialcirculo rojo.com](http://www.editorialcirculo rojo.com)

[info@editorialcirculo rojo.com](mailto:info@editorialcirculo rojo.com)

Impreso en España — Printed in Spain

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación.

Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y, por tanto, ecológico.

---

---

A María Jesús, mi mujer.  
Gracias a su estímulo y apoyo  
se hizo realidad este libro.

A mis hijas, Julia e Isabel,  
para que tengan memoria  
y aprecien lo que ya no existe.

A todos aquellos que ya no estáis  
pero que seguís aquí.

---

«Los personajes e historias que aquí se cuentan son reales. En algunos casos he considerado oportuno alterar los nombres de los protagonistas, en otros se han conservado como un pequeño homenaje. Espero haber acertado al elegir en qué categoría incluir a unos u otros».

---

*«Hay un dicho que es tan común como falso: El pasado, pasado está, creemos. Pero el pasado no pasa nunca, si hay algo que no pasa es el pasado, el pasado está siempre, somos memoria de nosotros mismos y de los demás, en este sentido somos de papel, somos papel donde se escribe todo lo que sucede antes de nosotros, somos la memoria que tenemos».*

JOSÉ SARAMAGO.

---

---

# Índice

Introducción .....	13
1. La tienda .....	19
2. El cuarto de la pintura .....	35
3. El barrio .....	49
4. Tras el mostrador .....	67
5. Les Utes .....	83
6. El Corral .....	97
7. Circos y comedias.....	111
8. Luanco religioso .....	125
9. Cines y TV .....	141
10. La escuela .....	155
11. El instituto .....	171
12. Los veranos.....	189

---



---

# Introducción

**E**ra un domingo de finales de agosto, muy temprano. El sol pintaba una franja naranja sobre la mar<sup>1</sup>, quieta como un cristal. El agua llegaba mansa y ribeteada de espuma a la playa, señalando con la última ondulación el final de su viaje. Al romper sobre la arena dibujaba un rastro irregular de burbujas que la ola siguiente borraba, venciendo con su mayor empuje y tras unos instantes de pelea, a la que retornaba.

De pie en la orilla, con el agua lamiéndome los pies, contemplaba la magnífica bahía de Luanco, limitada a mi izquierda por el muelle del Gayo y a la derecha por una costa agreste que apunta como un dedo curvo hacia la isla del Carmen, donde una capilla encalada situada en su centro resiste, indefensa, a los años y a las tormentas invernales.

En los días anteriores habíamos despedido a mi madre. Su muerte era la primera del núcleo familiar que me había criado y protegido. Mi familia empezaba a desvanecerse; el transcurso inexorable del tiempo se materializaba en la desaparición de personas, vivencias y paisajes que pasaban a habitar el universo, cada vez más lleno, de lo que nunca vuelve.

Cuando el agua me llegó a la cintura me ajusté las gafas y me impulsé hacia adelante. El azul se abrió y, atravesando la película líquida de la superficie, me sumergí dispuesto a disfrutar de un rato de natación. Poco a poco, y a medida que braceaba, el exterior empezaba a desaparecer resurgiendo a intervalos cortos y regulares coincidentes con el instante dedicado a tomar aire en cada brazada. Cuando nadas la mayor parte del tiempo estás en ese otro mundo líquido e ingrátido, silencioso y poblado de peces de movimientos lentos y ondulantes. Ahí los sonidos

---

<sup>1</sup> En los pueblos con mar, como es Luanco, siempre se refieren a la mar en femenino: *la* mar.

---

desaparecen ocultos por el chapoteo que tus brazos provocan al entrar y salir del agua, mezclados con unos extraños «cric», «cric» que surgen del fondo y que pueden deberse a las algas que pueblan las peñas.

Me siento a gusto... La vida surgió y se desarrolló en la mar hasta que algunos de los seres que la habitaban fueron aventurándose en las playas y acumulando adaptaciones que los permitieron pasar más tiempo fuera del agua; luego, el tiempo y los azarosos mecanismos de la evolución los llevaron a dar el salto definitivo. Ahora, y por nuestros propios medios, solo podemos pasar escasos minutos inmersos en el ambiente que nos alumbró. Para conquistar la tierra hemos tenido que renunciar a nuestro pasado oceánico.

Sintiendo como el agua deslizaba a lo largo de mi cuerpo, me daba cuenta de que, brazada a brazada, iba dejando atrás la tristeza de los últimos días. Lentamente me iba serenando y volvía a conectar con mi mundo. No había opción, era un adulto y la vida te impulsa, hay que superar derrotas y seguir adelante para conquistar futuros.

Mi niñez, adolescencia y juventud habían transcurrido aquí, en Luanco, abrazado por la mar y por un pueblo, unas gentes y unas costumbres que también, lentamente, se van difuminando, diluyéndose sin remedio, empujadas por nuevas personas y arrumbadas por formas nuevas.

Pocas cosas resisten el paso del tiempo, los recuerdos no son una de ellas. ¿Cuánto tiempo pueden existir? Recordar implica volver a vivir, pero tus vivencias son únicas, solo tuyas y seguramente sesgadas por misteriosos mecanismos mentales que amplifican los momentos felices y dulcifican los más dolorosos, borrando algunos detalles o añadiendo otros que no puedes afirmar que hayan sido reales. Cuando comparas lo que tú piensas que ha sucedido con lo que otra persona te cuenta, llegas a la conclusión de que las descripciones no concuerdan. Aunque haya un sustrato común, también surgen ausencias y adherencias que son tan diferentes que hacen pensar que no habéis vivido lo mismo.

Los recuerdos no son exactos, ni completos, ni totalmente ciertos, pero es lo que nos queda del pasado, son el ancla que nos une a lo que fuimos, a esa gente con la que estuvimos y a esos tiempos que hemos dejado atrás irremediamente.

---

Plasmarlos por escrito puede ser un ejercicio necesario antes de que se vuelvan irrecuperables, se pierdan o queden terriblemente desdibujados en la densa niebla del olvido. Tenerlos fijados en palabras impresas tal vez sea una tarea imprescindible para comprender por qué vivimos, qué hemos vivido y por qué somos como somos; para que unos vuelvan a sentir lo antes sentido y otros conozcan viejos sentimientos.

Este libro se ha escrito dejando plena libertad a la mente para reconstruir un pasado fragmentado, por eso se puede pensar que el orden ni es cronológico ni obedece a norma alguna. Yo diría que no hay orden. Probablemente no mereciera ser escrito, pero se ha hecho, confiando que de esta manera demos a nuestros recuerdos la categoría de verdaderos tesoros inmateriales que permanecen ahí muchos años después soportando parte de nuestra existencia.

---

---

# Historias de una ferretería



---

---

# 1. La tienda

La ferretería de Luis de la Fabiana estaba situada en los bajos de la casa familiar, un edificio sólido, cuadrado y de dos alturas, situado en el número 49 de lo que entonces era la Avenida de Calvo Sotelo, hoy Avenida del Gayo. Probablemente nadie pensó en poner allí un comercio, pues el único hueco existente en la fachada del bajo, después destinado a tienda, fue concebido como una ventana, estrecha y alta, con lo que la posibilidad de servir de escaparate para los artículos era muy escasa.

Un discreto letrero metálico: «FERRETERÍA», pintado de rojo oscuro, y anclado en la fachada, era el único elemento identificativo del comercio.

En el montante de la entrada, y grabadas en el vidrio, dos palabras: «loza», «cristal». El escueto mensaje se completaba con: «pinturas», «vidrios», en el montante de la ventana del hueco que llamábamos «el escaparate», aunque poco tenía de ello.

La puerta, de dos hojas, se abría accionando una manilla de latón, bruñida por el pulido diario al que múltiples manos la sometían. Por el invierno las puertas permanecían cerradas y al abrirlas el mecanismo de la cerradura te devolvía un manajo de clics y sonidos metálicos que precedían a la salida del aire cálido del interior, saturado de una mezcla inconfundible de olores que aún hoy día muchas de las personas que conocieron el comercio pueden evocar de forma nítida.

Una vez en el interior te recibía un mostrador pintado de verde pálido en su parte frontal y con una gruesa encimera de madera pulida por el uso donde eran bien visibles el veteado y los nudos, los golpes y las rayaduras; pequeñas heridas que te hablaban de una intensa actividad

---

diaria y una historia de años. A la izquierda se podía apreciar el rastro de unos agujeros y una señal circular. Ahí había estado instalada años atrás una bomba destinada a dispensar aceite a granel, la «máquina del aceite» la llamábamos. Pintada de rojo era, en esencia, un cilindro de cristal en cuyo interior un émbolo accionado por una manivela subía, creando un vacío que absorbía el aceite de un barril situado debajo del mostrador. Girando la manivela en sentido contrario el émbolo bajaba expulsando el aceite a través de una salida en la que se acoplaba el recipiente que el cliente llevaba.

A la derecha una balanza blanca, de más o menos un metro de alta, mostraba en su parte superior el resultado de la pesada gracias a una escala recorrida por una aguja que permitía visualizar el resultado tanto al tendero como al cliente. Tras el mostrador, en una repisa, se situaban las pesas metálicas y oscuras, con una pátina de años, que tenían una anilla para facilitar su uso. La mayor, de cinco kilogramos, ya era difícil de manejar. Si había que pesar objetos con una masa superior a los diez kilogramos se usaba una báscula situada en la parte de atrás del establecimiento.

En la parte derecha del espacio destinado a los clientes se amontonaban rollos de cuerda de distintos materiales y calibres. Esto inutilizaba para la atención a la clientela la parte de mostrador dispuesto en ángulo recto con el principal y que terminaba en una pequeña puerta a través de la cual se accedía al interior. Delante del amasijo de cuerdas, y pegados al mostrador principal, se situaban algunos rollos de tela metálica con pequeñas etiquetas de cartón atadas con un trozo de cordel donde se mostraba el precio del metro. Con el paso del tiempo fueron sustituidos por enrejados de plástico verde.

A la izquierda se amontonaban encajados unos en otros barreños de plástico, palanganas y similares... y entre estos y la pared en la que se encontraba la puerta de acceso al comercio, unas estanterías bajas alojaban toda clase de cadenas de hierro, clasificadas por el tamaño de la malla, que cuando deslizaban obedeciendo el invisible tirón de la gravedad, adquirían un movimiento similar al de las serpientes, acompañado de un característico estrépito metálico. Para cortarlas, un perfil de hierro en forma de T servía de yunque a la hora de seccionar las mallas a golpe de cortafrío.



---

En las estanterías superiores de ese lado se exponían platos y demás objetos de loza: jarritas, teteras, ensaladeras, fuentes, tazones... platos llanos y hondos.

Cuando el Duralex se convirtió en tendencia ocupó, casi al completo, las dos estanterías inferiores, las más accesibles, porque, de repente, descubrimos con asombro platos similares al cristal, pero con una resistencia inaudita a los golpes que rápidamente se convirtieron en los más demandados, excepto por algunos irreductibles.

—¡No quiero platos de Duralex!, me parece que la comida está puesta directamente sobre la mesa. Prefiero la loza.

La pared situada entre la puerta de entrada y la única ventana de la fachada estaba ocupada por estanterías de madera, pintadas con el mismo color verde del frente del mostrador. La parte inferior era el universo de los tiestos y platos de barro, con su color uniforme de arcilla roja y clasificados por tamaños: desde los más pequeños, del tamaño aproximado de una taza de desayuno, hasta los más grandes, casi como un cubo.

Competían con ellos las pilas bien encajadas de tiestos de plástico de llamativos colores situadas delante de la estantería en su parte más baja. El plástico iba ocultando paulatinamente al barro, todo un símbolo de una predilección cada vez más acusada por los nuevos materiales, más baratos y resistentes.

Muy cerca de la puerta de salida, y a su derecha, un trozo de pared de poco más de un metro alojaba sostenidas verticalmente, gracias a un soporte atornillado en la pared, escobas de palma con un vistoso mango color rosado; de argaña, toscas, ásperas e irregulares o las de mijo, planas y con un primoroso cosido de hilas horizontales en azul y rojo.

Sobre el soporte de las escobas y un poco más arriba se podía contemplar un curioso mapa de la bahía de Luanco<sup>2</sup> que despertaba la curiosidad de algunos clientes por su detalle y antigüedad. A mí me parecía el perfil de una vieja enfadada, con una extraña nariz y prominente

---

<sup>2</sup> Se trataba de una reproducción de la carta náutica de Luanco levantada en 1859 por el teniente de navío Pedro Ruidavets y publicada en 1878. Puede verse en la web del Instituto Geográfico: <https://bit.ly/3FjFcOn>.